

Ve constante, la tranquilidad de el Estado; la fidelidad de los primeros Ministros; la integridad de los Magistrados; la incorrupcion de los Jueces; la quietud de los Pueblos; las delicias de el Reyno; la mansedumbre de la Corte; y el esplendor de la Casa Real. Por donde tira la vista, no descubre sino Leyes justas santamente meditadas, y una Disciplina analoga, y acomodada á nuestro genio, y clima; Exercitos adiestrados; Armadas veloces, y fuertes; ennoblecidas Artes; hermosteados los caminos; seguros los Puertos; perfeccionadas las Fabricas; decoradas las Ciudades; y el Mar, y Tierra con tantas bocas como, gotas, y arenas, publicando sus beneficios, su estudio, y su aplicacion.

Mas todo esto, no basta á consolar á la razon. No es una necesidad material; no es la falta de bienes comunes; no es alguno otro de aquellos males, que suelen contristar á las Naciones, lo que la amarga, y la contrista. Viene de una fuente mas pura; y por lo mismo es mas activa, la amargura de nuestro espiritu. Viene de haber desaparecido de nuestra vista, el principio, y la causa de nuestro bien, quando nos vemos mas inutilmente agitados de los empuges de nuestro agradecimiento.

Un espiritu vehemente nos acomete, haciendo imposible el olvidarlo. El habernoslo quitado la Providencia, hace mas dolorosa la privacion de un bien, que ya ha desaparecido de entre nosotros. Todos miran con llanto hácia el Occidente. No hay quien no dirija suspiros hácia aquel Sol, que ya no ha de ver mas. Todos se arrepienten de haber hecho tan poco en servirle, en corresponderle, y en alabarle. Todos condenan su poca reflexion, en no haber apreciado aun mas aquel tesoro, que tenian entre sus manos. Y entre tanto que las lagrimas, con mil luctuosas imagenes avivan mas en el pecho esta separacion, solamente se consuela nuestro espiritu, y se aquieta nuestra razon, con saber que nos queda un CARLOS IV. para subceder á otro CARLOS III.

Nues-